

Sincronías

Naela Scholles

Sincronías

Naela Scholles

Capítulo 1

Buenos Aires. Invierno. 2022. Microcentro. 17:25. Camina apresurada escondiendo sus ojeras tras los lentes oscuros. Maletín, traje entallado color borravino que le queda como pintado, como siempre quiso, a su estilo. Su cuerpo va firme, pero con la soltura propia de sus 1.73 y sus 70kg. Está flaca. El estrés, el gimnasio y los nervios están drenando sus músculos. Su pelo lacio y corto pero al mismo tiempo lo suficientemente largo como para acompañar el vaivén de los tacos se mueve al son de Ojalá, de Silvio Rodríguez que le susurra al oído lo que ella en realidad quisiera poder decirle: Ojalá que no pueda tocarte ni en canciones.

Camina una cuadra y su corazón late rápidamente. Después de un par de taxis que la dejan casi en destino cruza la calle y se saca los guantes para poder tocar el timbre. El extremo metalizado del mecanismo deja ver su huella digital que quedó allí plasmada, por el sudor de sus manos a causa de los nervios. El sonido del portero eléctrico la saca de sus pensamientos y se estremece del susto; empuja, avanza y al cerrarse la puerta tras de sí recuerda la última vez que se cerraron las puertas para abrirse a lo que vendría.

Como es de esperarse el ascensor no funciona. Sube las escaleras y con cada paso una pregunta, con cada eco otro eco desde adentro de su cabeza hasta las frías paredes del hall. ¿Cómo estará? ¿Tendrá más canas? ¿Seguirá siendo nocturno y reflexivo, esquivo, pensativo? ¿Vivo?

Llega al quinto piso y el tramo fue suficiente como para pensar. Para estar feliz en el primero, pensativa en el segundo, aterrada en el tercero, arrepentida en el cuarto y totalmente resignada en el quinto; frente a la mesa de la recepcionista. La decoración parece una escena de la obra maestra de Kubrick: Atemporal, vibrante y entretenida.

Capítulo 2

La dama de unos 58 años con aspecto maternal, me sonrío por sobre los lentes como si ya supiera quien soy. Toma mis datos y me ofrece algo para tomar. –Tenemos agua señorita, o café; lo que usted prefiera- Me río con un gesto de obviedad. Obvio que va a haber café. Eso nunca falta. Le pido un café y le aclaro que no le coloque azúcar. Acerca la taza hasta la mesa ratonera comentando sobre el clima, el frío que hace afuera y la reelección de Mauricio Macri. – Tiene unos 15 o 20 minutos de espera. Está con Fernández, con Fernández siempre se demora.- me dice la señora. -Cualquier cosita estoy aquí atrás.- Y desaparece lentamente tras la segunda puerta que veo a mi izquierda.

Veo en ese espacio de espera, de desespero para mí, colgados los títulos, diplomas y reconocimientos. Poca iluminación sobre esos trofeos de papel. Voy teniendo una conversación con él incluso antes de verlo: “Que raro vos perfil bajo. Te podrías dignar a poner aunque sea un par de fotos, te podría regalar unas ilustraciones mías también.”

De repente me callo. Me salgo de mí y me paro en la esquina de ese espacio. Me alejo de mí lo más que pueda y me miro, me observo allí y me tengo lástima, me tengo admiración, me tengo amor, me tengo risa y me tengo miedo. Me veo sonándome los dedos, sonriendo de repente sola como una loca recordándonos en los días que compartíamos algo caliente y charlas profundas. Y me pongo seria y se me nubla la vista con los ojos abiertos, me pierdo recordando todo lo que compartimos. Se me eriza la piel.